

AMIGOS

Habría dado lo que fuera por recibir la flor más fea, pequeña y estropeada de manos de Juanjo, en vez de la más bonita, grande y perfecta de todas las orquídeas que pudiera imaginar, de manos de su amigo Alberto.

Para Alberto, Elena era una orquídea y por eso le había regalado una. Alberto y Elena se habían conocido hacía un año por una amiga en común. Desde el punto de vista de él, llegarían a casarse. Desde el punto de vista de ella, eran únicamente amigos y ya era suficiente.

Hacía año y medio que Juanjo y Elena habían terminado su relación de pareja. Desde el punto de vista de él, no sabemos qué piensa, pues nunca más volvió a contactar y ni siquiera respondía los mensajes que ella, aún, le enviaba de vez en cuando. Eso sí, como un chico de su tiempo, le dejaba los mensajes “en visto”. Desde el punto de vista de ella, él era todavía su AMOR, con mayúsculas.

Después de aceptar la orquídea y de terminarse los respectivos cafés que habían pedido en su cafetería habitual, Elena le dijo a Alberto que se encontraba mal y que quería irse a casa. Y no era mentira, se encontraba realmente mal y de verdad quería irse a casa. Le provocaba angustia que un pretendiente se esforzara por complacerla, mientras quien ella quería, no respondía a sus mensajes ni cuando estuvo ingresada en el hospital a causa de la ansiedad por la ruptura.

Insistió en volver sola, a pesar de los varios ofrecimientos de Alberto en acompañarla. En cuanto se despidieron marcó el número de Juanjo, el cual había borrado, pero recordaba mejor que el suyo propio. Nunca perdía la esperanza de que alguna vez contestara a sus llamadas y pudieran hablar. De lo que fuera, ¡pero que pudieran hablar! Eso que los humanos aprenden siendo prácticamente bebés, eso que hace todo el mundo todos los días sin parar: hablar.

No había terminado de marcar y ya se encontraba llorando. Después, los tonos interminables hacían que sus lágrimas brotaran más y más y casi le impedían ver por dónde caminaba. Notó cómo el móvil empezaba a mojarse con su llanto y activó el altavoz. Y de repente, oyó:

- Hola.
- Hola, Juanjo. Gracias por responder. Quería hablar un momento contigo, muchas gracias.
- Dime.

- Me gustaría poder charlar, o no sé, quizá... Dar un paseo.
- No creo que sea buena idea.
- Pero, ¿por qué no? Para mí eres, fuiste, eres... fuiste... Bueno, alguien muy importante y me gustaría verte. ¿Tú no quieres verme a mí?
- No creo que sea buena idea, de verdad.
- ¿No podemos ser amigos?
- ¿Para qué? – preguntó Juanjo con un notable desprecio.

Elena intentó que no se oyeran los sollozos que el dolor de su interior necesitaba sacar. No le salían las palabras y Juanjo tampoco tenía intención de decir nada. Tras un eterno silencio de diez segundos, él lo rompió:

- Tengo que dejarte. Cuídate.

En lo que Elena intentaba sacar cualquier palabra que la angustia le permitiera, pudo oír cómo Juanjo ya había colgado. Aun así, con la llamada cortada, empezó a musitar el nombre de quien no quería saber nada de ella. Tantas veces como para que la gente empezara a mirarla fijamente. Se marchó corriendo a una calle vacía y se sentó, mareada, en la primera repisa del primer escaparate que encontró.

Dejó la orquídea a su lado y, después de observarla unos segundos, le dio un golpe con toda su rabia y todas sus fuerzas, lanzándola varios metros por delante.

Tras darse cuenta de lo que había hecho, miró hacia los lados, para comprobar que nadie lo hubiera presenciado, cuando descubrió a Alberto, mirando la escena con la cara desencajada.

- Lo siento, yo no quería, me sentía... – intentó justificarse Elena.
- Si lo de la orquídea es lo de menos. He oído toda la conversación. He estado detrás de ti todo el tiempo, porque no quería que volvieras sola encontrándote mal.
- De verdad que lo siento, es que yo no quería, te prometo que me sentía...
- Déjalo, tranquila. Así me doy cuenta de que jamás te vas a olvidar del psicópata de tu ex. No pienso perder más el tiempo.
- ¿No podemos ser amigos?
- ¿Para qué? – preguntó Alberto con un notable desprecio.

Elena empezó a llorar sin control y Alberto se dio media vuelta para marcharse, no sin antes despedirse con un:

- Tengo que dejarte. Cuídate.